

(d)

BEATRIZ SUÁREZ BRIONES*

Políticas

– *¿Cómo pensar el sentido político de las nuevas formas de subjetividad que con sus prácticas desean borrar fronteras o desdibujar la posición de los sexos? ¿Cómo podemos interpretar, desde la teoría feminista, prácticas y discursos donde encontramos al mismo tiempo una pretensión de ruptura y un gran deseo de normalidad?*

Es evidente que la “normalidad” se ha construido sobre subjetividades estandarizadas (siguiendo un modelo de construcción ideal –aunque idealizado– ‘mujer blanca, burguesa, heterosexual, ilustrada, que habita en un cuerpo sano y libre de minusvalías, en un abanico de edad que va desde los 30 y tantos a los 50 y tantos años’ es decir, que no es ni “joven”–libre, por tanto, de los problemas específicos de las mujeres jóvenes– ni mayor –libre, por tanto, de los problemas específicos de las mujeres mayores–, estandarizadas y ciegas –cuando no directamente insensibles u hostiles– a las diferencias entre mujeres. Desde las subjetividades alternativas, marginales o periféricas sabemos que hay vida en los márgenes, que hay alternativas tanto al patriarcado como al universalismo feminista, que el mundo al que aspiramos no sólo no está ciego a las diferencias –y las prolonga como una forma de privilegio– sino que se construye desde las diferencias: asumir la diferencia implica, automáticamente, un cambio de posición epistemológica y, además, ideológica y política.

Si por “normalidad” entendemos, en el enunciado de la pregunta, la posibilidad de vivir una vida en plenitud de derechos, una vida en la que la diferencia no se construya como fuente permanente de desigualdades (y, consecuentemente, de privación de derechos, de marginación, de invisibilidad, de explotación...), entonces he de decir que mi posición intelectual y militante como mujer, feminista, socialista y lesbiana es la aspiración a un mundo en que la diferencia deje de tener efectos políticos y se viva como una marca más de lo real, como prueba irrefutable de la gozosa heterogeneidad de lo humano.

* Universidade de Vigo.

– *En los últimos tiempos se han iniciado y sostenido conflictos bélicos en nombre de los derechos de las mujeres (i.e, Afganistán), como si la igualdad de los derechos de las mujeres se hubiera convertido en uno de aquellos tópicos del mundo occidental a través de los cuales circulan todo tipo de conflictos. ¿Qué pensar de esta utilización de lo femenino anónimo en la política y en la guerra? ¿Y de la imagen de las mujeres que se sigue?*

Primero, la guerra no sólo es el colapso de todo valor humano, es la instauración y ejecución del horror; y, segundo, las primeras víctimas de las guerras somos las mujeres, tan anónimos “daños colaterales” como los hombres pero, además, convertidas en botín de guerra, violadas, sometidas a la esclavitud sexual y a la prostitución forzada. Los patrones de violencia contra las mujeres en situación de guerra no surgen de modo “natural” sino que son planificados, aprobados o tolerados por alguien. Y persisten porque, aunque son crímenes de guerra, quedan impunes. Aduñarse de la sexualidad de las mujeres y destruir su integridad física se ha convertido en un medio para aterrorizar, degradar y “derrotar” a comunidades enteras, así como para castigar, intimidar y humillar a las mujeres.

Además, y a pesar de los efectos que tienen los conflictos bélicos sobre las niñas y las mujeres, ellas siguen estando excluidas de las mesas de negociación de la paz. A menudo son los mismos hombres que iniciaron la guerra quienes deciden cómo debe construirse la paz. La utilización de las mujeres como argumento que justifique una guerra es perverso y, sobre todo, falaz. Nos lo demuestra la guerra de los Balcanes, de Afganistán, de Chechenia, de Irak, de Sudán...

Cuerpo, deseo y sexualidad

– *En la era de la globalización, la ciencia, la tecnología y el capitalismo suponen un empuje al goce de los sujetos. El capitalismo “promete” un principio de placer sin límites y la ciencia y la tecnología son sus aliados para llevar a cabo estas promesas. Cuerpo y sexualidad se funden en un mar de goce donde no parece que haya límite. Todo tipo de cuerpo (o su promesa) pareciera ser posible, todo tipo de sexualidad, también. Y eso ha inundado el campo del deseo. En los años sesenta y setenta las mujeres reclamábamos nuestro deseo. La respuesta del capitalismo ha sido imponernos goce, cosa que finalmente ha empujado más a las mujeres a la posición de objeto de goce del otro (violencia, prostitución, maltratos...). ¿Qué respuesta podemos dar para articular una política del deseo ante la economía del goce actual?*

Las promesas del capitalismo son sólo para quien puede pagarlas. Quisiera llamar la atención acerca de los peligros que entraña la teoría desencarnada. La *juissance* me parece, en un cierto sentido, *pulp fiction*, como aquellas novelas de las escritoras inglesas del siglo XIX cuyo argumento podría resumirse en la excitación del romance y, justo con el advenimiento del matrimonio, sugerían un idílico panorama de “vivieron

felices y comieron perdices” y ponían el punto final. También nosotras estamos en pleno romance con la prótesis: la teoría, la tecnología, el implante, el dildo. Es, sin duda alguna, excitante. Implemento, complemento –nunca suplemento, porque no sule nada– nos permiten imaginar mundos posibles, nuevos escenarios para los cuerpos y los placeres. Pero, ¿y después qué?

Para mí, un momento gozoso de la teoría llega con Judith Butler, que nos ha permitido pensar género y sexo en términos tan nuevos y tan revolucionarios. Permítaseme resumirlos: para ella los seres humanos ejecutamos ciertos actos –aprendidos a través de la mimesis cultural– marcados por el género, actos que estamos obligados a actuar y repetir adecuadamente, y esta actuación (*performace*) crea la impresión de espontaneidad o naturalidad y borra el hecho de que esos actos son copia, implante cultural. No hay una identidad de género detrás de la actuación del género: el género es una serie de gestos reiterados una y otra vez, ritualizados; con su ejecución el individuo asume su lugar en la cultura. De ser así, queda abierta la posibilidad de modificar la cultura a través de la performatividad de actuaciones paródicas. Para colapsar el género, Butler llama a la movilización, a la confusión e proliferación del género, a la mascarada del género, a su desnaturalización. Pero todavía hay más: Butler hace derivar el género de la (imposición de la) heterosexualidad. La heterosexualidad es una norma cultural superimpuesta al individuo a través de la sanción cultural y del tabú. La heterosexualidad es una obligación cultural y producto también de ingeniería cultural. La heterosexualidad obliga a la existencia de (sólo) dos tipos humanos, mujeres y hombres: dos sexos, dos géneros, que se complementan “naturalmente” y “naturalmente” se desean. Butler argumenta que la identidad (sexual y de género) no es algo que *somos*, lo más profundo, esencial e inmutable de lo que nos hace personas, sino una ilusión retroactivamente creada por la performance/actuación del sexo y del género. Como efecto añadido, además de crear la ilusión de la identidad, la repetición ritual de normas culturales produce tanto cuerpos y sujetos inteligibles (normales, saludables, de buen gusto, agradables) como cuerpos y sujetos abyectos (anormales, patológicos, de mal gusto, desagradables). Sexo y género son *normas* de inteligibilidad cultural.

Ahora bien: esta teoría postidentitaria del género y el sexo (que, insisto, no pertenecen al orden de lo dado, ambos son también prótesis), ¿para qué nos sirve desde una perspectiva política y de los derechos civiles? Los cuerpos y los sujetos ilegítimos nos permiten cuestionar y rearticular el mismísimo concepto de legitimidad cultural y así pasar a la acción política. Teorizar sobre sexo y género en términos postidentitarios nos permite, con Butler, pensar las condiciones de posibilidad de una democracia radical, donde puedan ser incluidos los cuerpos y los sujetos que *no importan*.

La respuesta a la pregunta del deseo yo creo que es, de nuevo con Butler, hacer proliferar los deseos. Las mujeres más que nadie necesitamos una nueva gramática y un nuevo léxico del deseo. Es un proceso que veo

en marcha en el trabajo de las mujeres teóricas, de las artistas y de las escritoras.

Guerra y violencia

– *El trabajo de las activistas feministas de los años setenta y ochenta, con temas como la violación o el asedio sexual, puso de relieve el hecho que el miedo de las mujeres a sufrir violencia es una herramienta de control que ejerce sobre ellas la sociedad patriarcal. Con todo eso, de qué manera puede la teoría feminista tener una incidencia directa en la vida de las mujeres que sufren o reproducen la violencia? ¿Cuáles son los límites de la acción política feminista?*

¿La acción política feminista tiene límites? Más allá de los límites de la ética no creo que se puedan establecer límites a los movimientos y las prácticas revolucionarias. Lo que deseamos, creo, es una revolución que cambie el mundo, un mundo enteramente nuevo.

Tradicición y modernidad

– *La situación de los feminismos fuera de Occidente, así como la eventual contradicción entre el respeto a las diferencias y la defensa de la condición de las mujeres, reabren la siguiente cuestión: ¿es el feminismo hoy en día compatible con las tradiciones culturales, religiosas, nacionales (y/o nacionalistas)?*

Francamente, creo que feminismo y “tradiciones culturales” –habitualmente un eufemismo que suele velar atavismos culturales misóginos– y feminismo y religión suelen ser oxímorons. Tal vez sólo si se consiguiera vaciar de contenidos patriarcales y masculinistas, fundamentalistas, etnocentristas y patrioteristas las realidades “tradicición cultural” y “religión” podría el feminismo ser compatible con dichas realidades. Pero vaciadas de esos contenidos, “tradicición cultural” y “religión” serían otra cosa totalmente distinta, hoy inédita. El caso del nacionalismo no es exactamente éste, aunque me preocupan, por supuesto, las ortodoxias, por un lado, y los nacionalismos liberales, por otro. Y tal vez más estos últimos porque ofrecen un espejismo acomodaticio de “igualdad”; pero una política liberal nunca es radical. No se interesa en una transformación social radical. Se interesa en conseguir el acceso a derechos existentes y en asegurarse de que los derechos existentes sean distribuidos en forma equitativa. Este movimiento es liberador –en el sentido de que implica la conquista de derechos para parias culturales– pero también tremendamente normalizador o normativo.

– *El feminismo ha sustentado su discurso teórico en su propia tradición a través de las genealogías femeninas, dado que por razones de visibilidad, de dotar modelos y combatir los discursos misóginos, se han primado representaciones positivas de la feminidad. ¿Es aún necesaria esta lectura*

sólo positiva de la tradición femenina? ¿Es políticamente acertado proponer modelos más complejos incluso si incluyen aspectos negativos?

Es una obligación, creo, para las feministas, seguir apostando y promoviendo la sororidad, el pacto entre mujeres; las mujeres debemos empoderar a las mujeres y no, precisamente, con modelos simplistas que empobrezcan, en reducciones sinecdóquicas bienpensantes y fatales, la realidad y las posibilidades de las mujeres, de todas las mujeres y no sólo de las pocas con privilegios –entre otros el privilegio a la educación y a la palabra.

Tecnologías, lenguajes y nuevas formas de expresión

– La eclosión de la era digital nos obliga a repensar las categorías que se habían considerado naturales y estables, entre ellas la del sexo. ¿Qué puede aportar –o qué ha aportado ya– el ciberfeminismo al panorama de los feminismos?

– En un ámbito en qué el cuerpo sexuado –en principio– es ausente, ¿cómo podemos redibujar nuestra identidad? ¿Sería interesante repensar la matriz binaria hombre/mujer desde la multiplicidad de posibilidades identitarias que abre el espacio virtual? ¿Cómo?

Eso de “la matriz binaria hombre/mujer” suena ya tremendamente antiguo. Hay que ser muy crítica con (mantener) formulaciones identitarias esencialistas como ésa. Lo he expresado más arriba con Judith Butler. No creo que el ciberespacio abra una “multiplicidad de posibilidades identitarias”; ponerse delante de un ordenador, a priori, no hace que se nos nuble la mirada y sintamos vértigo ante el atisbo de las posibilidades que se nos abren para ser hombres, mujeres, bi, trans, ex, anti, contra... Una cosa es jugar a las identidades y otra jugarse la identidad. Lo primero es muchísimo más antiguo que Internet y es un ejercicio de fabulación implícito –al menos como posibilidad– en toda obra artística; lo segundo es un ejercicio ideológico permanente de deconstrucción de la identidad; tiene lugar no en el ámbito del arte sino en el de la vida cotidiana, es arriesgado, requiere inventiva y agallas: dejarse ir de los asideros identitarios que nos normalizan y nos humanizan, inventar(se) sujetos de nuevos géneros, sexos, deseos. Y, para esto, creo que nos ha sido más útil la teoría *queer* que el ciberespacio. Y por *queer* entiendo, en términos amplios, una actitud inconformista o disidente en torno a la sexualidad y el género. Lo *queer* es mucho más que una moda, el (pen)último juego posmoderno de la sexualidad, aunque para estar a la última toque *ser* (o si acaso *ponerse*) *queer*. Con lo que realmente tiene que ver lo *queer* es con la bancarrota de las políticas identitarias, algo que no deja de levantar ampollas dentro del movimiento LGTB (lesbiano-gay-transsexual-bisexual), o incluso dentro del feminismo, o incluso dentro del pensamiento (todavía) moderno. La teoría *queer* es antiinstitucional y absolutamente crítica del impulso hacia la normalización de los sujetos: contesta (es un movimiento contestatario) que se tenga que ser o volverse normal para convertirse en alguien legítimo. Ser

Beatriz Suárez Briones

queer no es ser lesbiana. Ser *queer* no es ser gay, más bien es un argumento en contra de la especificidad lesbiana o gay que parece implicar normativamente que, si soy lesbiana o gay, tengo que desear de cierta forma (del mismo modo que ser heterosexual implica cierto tipo de deseo y de prácticas y no otros).